

TERESA DE CEPEDA Y AHUMADA, LOS MUCHOS ROLES DE UNA MUJER: ESCRITORA, MONJA, MÍSTICA, FUNDADORA Y DIPLOMÁTICA, AL SERVICIO DE DIOS

Helena Cosano
Académica Correspondiente

RESUMEN

PALABRAS CLAVE

Santa Teresa de Ávila.
Mujer.
Mística.
Carmelitas Descalzas.

Santa Teresa de Ávila fue una mujer compleja y polifacética. En muchos aspectos adelantada a su época, carismática y poderosa en un mundo de hombres, su personalidad reúne múltiples facetas que podrían parecer contradictorias. La recordamos sobre todo como mística y poeta excelsa, fundadora de la Orden de las Carmelitas Descalzas, pero fueron muchos más los papeles que eligió desempeñar. Tras un largo camino de ascesis, estos múltiples roles se integran y jerarquizan cuando conoce el verdadero sirviente, el instrumento guiado al servicio de la misión que Él le encomienda.

ABSTRACT

KEYWORDS

Saint Teresa of Avila.
Woman.
Mystic.
Roles.
Discalced Carmelites.

Saint Teresa of Avila had a complex and charismatic personality. In a world ruled by men, she managed to achieve power. She is best remembered as a sublime poet and mystic, the founder of the Order of the Discalced Carmelites, but the roles she chose to play were many more. In fact, they were so many and varied that they may seem contradictory. After a long ascetic path, these roles integrated harmoniously when she at last surrendered her whole being to God and became His servant, His beloved instrument to fulfil a mission in His name.

Excmo. Sr. Director.
Ilmos. Sres. Académicos.
Excmos. e Ilmos Sres.

Desearía comenzar estas breves palabras de presentación expresando mi profundo agradecimiento por la distinción que me ha concedido esta ilustre Casa al incorporarme como académica correspondiente. Es para mí un gran

honor, pero sobre todo una inmensa alegría, verme así reconocida en esta hermosa ciudad, mi tierra, donde he vivido poco tiempo por las circunstancias de mi vida, pero que nunca ha abandonado mi corazón.

Como saben, nací en la India, y mi infancia transcurrió en los varios puestos en los que mi padre —cordobés, de Aguilar de la Frontera— fue destinado como diplomático: después de Nueva Delhi, vivimos en Moscú, París, Seúl y Viena. Tras lo cual yo misma deseé ingresar en la Carrera Diplomática, y continué el periplo con puestos en Astaná, Ginebra o Nicosia, donde soy actualmente Segunda Jefatura y Cónsul.

En Córdoba, pues, he vivido poco, únicamente esas largas y felices vacaciones escolares de la infancia. Pero siempre me he considerado de aquí, siempre he considerado que mis genes, mis raíces, mi sentido de la identidad, se hunden en esta tierra, y por ello me llena de orgullo y satisfacción poder dirigirles hoy, aquí, estas palabras.

* * *

Desearía hablarles de una mujer particular, una gran mujer, a quien muchos creen conocer y que, sin embargo, quinientos años después de su muerte, nos sigue desvelando facetas desconocidas de su personalidad. Escritora, monja, mística, fundadora de la Orden de las Carmelitas Descalzas y de diecisiete conventos, posteriormente Santa, Doctora de la Iglesia, patrona de los escritores, considerada cumbre de la mística experimental cristiana y una de las más hondas líricas de todos los tiempos. Esta mujer multifacética, en su día objeto de grandes polémicas, ha fascinado a eruditos durante cinco siglos y sigue siendo, y será de por siempre, una luz en el camino de muchos buscadores y un ejemplo de virtudes atemporales como la voluntad, el coraje, la alegría o el amor.

Por mi parte, llevo varios años estudiando a la que nació con el nombre de Teresa Sánchez de Cepeda y Ahumada, intentando comprender a un alma tan grande. Cuanto más profundizo en su estudio, más complejidades, más facetas, vislumbro. En el año 2016 publiqué una novela histórica sobre ella, *Teresa. La mujer*, con la editorial la Esfera de los Libros. En esta obra me esforcé por apartar los velos con los que el tiempo ha ido cubriendo la rica personalidad de Teresa, hasta desvelar a la mujer real, aquella que la multiplicidad de roles y facetas a menudo esconden.

Y es que sobre Teresa de Jesús se ha escrito tanto que todos creen conocerla, pero pocas mujeres han sido tan víctimas de la Historia como ella. Su figura se ha convertido en un personaje manipulado por el poder para servir distintas ideologías, interpretado, reinterpretado, falsificado.

¿Cómo era realmente Teresa de Cepeda y Ahumada? ¿Cómo pensaba, cómo sentía? La sombra de la monja mística y de la escritora y fundadora de conventos a menudo nos esconde a la persona de carne y hueso, con sus obvias virtudes pero también sus flaquezas, sus dudas, sus errores.

Según sus muchos biógrafos, se deduce que nunca fue como las demás, que ya en su infancia destacaba, que era distinta, especial, viva, inteligente, alegre, carismática, que nunca pasó desapercibida ni dejó indiferente a nadie y que, sin ser excesivamente hermosa, atraía enormemente.

Su condición de mujer determinó drásticamente su vida, como era inevitable en el siglo XVI. Le impidió, sobre todo, el acceso al saber. Durante toda su existencia, Teresa se quejaría de que «no tenía letras». Fue una lectora voraz y nos resulta admirablemente instruida para su época, pero autodidacta. Nunca aprendió latín, lo que la apartó de la gran mayoría de los libros cultos.

Decidió servir a Dios. En gran parte, porque era mujer y buscaba libertad. Tal vez, en otra época, hubiera decidido curar leprosos en Calcuta, investigar la radioactividad, escribir una gran novela o dirigir una ONG o una poderosa multinacional: porque Teresa parecía capaz de todo y fue maestra de muchos oficios, y con una voluntad y una determinación como la suya, nada es imposible si se acepta pagar el precio. Teresa aceptó, y pagó caro. Eligió lo más difícil: servir a Dios, un Dios esquivo, cuyas mercedes imprevisibles y en apariencia caprichosas había que merecer, y aunque esto implicara enfrentarse a todas las fuerzas de la tierra y del infierno. Teresa se entregó a Él como muy pocos lo habían conseguido hasta entonces, y se vio recompensada.

A los cuarenta años, la vida de Teresa da un vuelco. Es entonces cuando se produce su «conversión». Adquiere la certeza de que tiene una misión, un encargo divino que justifica su existencia en este valle de lágrimas, que sin ella no tendría sentido ni valor. Y entonces, su vida se acelera, los progresos espirituales, pero también su obra en el mundo material. Numerosos viajes, encuentros decisivos como con San Juan de la Cruz, personas que se cruzan en su vida para ayudarla en su misión, como si la Providencia de Dios le echara una mano, y obstáculos y tentaciones probablemente urdidos por el demonio.

Una mujer tan poco convencional no podía dejar indiferente: provocaba admiración e incluso veneración, su fuerza convencía, arrastraba, muchos ya en vida la consideraban santa. Pero también despertaba escepticismo, estupor, irritación, envidia, abierta hostilidad, incluso odio.

Fue una mujer sorprendentemente moderna, hasta las feministas más radicales la habrían aplaudido. Como toda mujer del siglo dieciséis, a pesar de ser lo que el siglo XIX definiría como «un genio», ella es consciente de su «inferioridad» con respecto al varón, y se esfuerza por cultivar la humildad y la obediencia. Pero es una mujer poderosa que anhela libertad, con capacidad de mando, de disciplinarse a sí misma y a los demás. Encarna los valores de voluntad, fuerza, inteligencia, determinación, iniciativa, actividad, independencia, creatividad, que, tradicionalmente, se han asociado a la virilidad.

Es, en cierta forma, una mujer moderna de hoy en día inmersa en una época en que solo los hombres podían aspirar al poder y que, sin embargo, consigue poder. Una forma nueva de poder.

INTRODUCCIÓN

Me permito leerles un poema. Es uno de los más paradigmáticos de Santa Teresa, y uno de los más hermosos cantos de amor de todos los tiempos. Desde mi punto de vista, este poema explica cómo se jerarquizan y armonizan las distintas facetas y roles, no solo variados, sino a veces contradictorios, que caracterizaron a Teresa de Jesús:

Vuestra soy, para Vos nací:
¿Qué mandáis hacer de mí?
Soberana Majestad, eterna Sabiduría,
Bondad buena al alma mía;
Dios, Alteza, un Ser, Bondad:
La gran vileza mirad,
que hoy os canta amor así:

¿Qué mandáis hacer de mí?
Vuestra soy, pues me criastes,
vuestra, pues me redimistes,
vuestra, pues que me sufristes,
vuestra, pues que me llamastes.
Vuestra, porque me esperastes,
vuestra, pues no me perdí:

¿Qué mandáis hacer de mí?
¿Qué mandáis, pues, buen Señor,
que haga tan vil criado?
¿Cuál oficio le habéis dado
a este esclavo pecador?
Veisme aquí, mi dulce amor,
amor dulce, veisme aquí:

¿Qué mandáis hacer de mí?
Veis aquí mi corazón,
yo le pongo en vuestra palma:
mi cuerpo, mi vida y alma,
mis entrañas y afición.
Dulce Esposo y Redención
pues por vuestra me ofrecí:

¿Qué mandáis hacer de mí?
Dadme muerte, dadme vida;
dad salud o enfermedad,
honra o deshonra me dad;
dadme guerra o paz crecida,
flaqueza o fuerza cumplida,
que a todo digo que sí.

¿Qué queréis hacer de mí?
Dadme riqueza o pobreza,
dad consuelo o desconsuelo,
dadme alegría o tristeza,
dadme infierno o dadme cielo,
vida dulce, sol sin velo:
pues del todo me rendí,

¿Qué mandáis hacer de mí?
Si queréis, dadme oración;
si no, dadme sequedad,
si abundancia y devoción,
y si no esterilidad.
Soberana Majestad,
sólo hallo paz aquí:

¿Qué mandáis hacer de mí?
Dadme, pues, sabiduría,
o, por amor, ignorancia;
dadme años de abundancia,
o de hambre y carestía.
Dad tiniebla o claro día,
revolvedme aquí y allí:

¿Qué mandáis hacer de mí?
Si queréis que esté holgando
quiero por amor holgar;
si me mandáis trabajar,
morir quiero trabajando:
decid dónde, cómo y cuándo,
decid dulce Amor, decid:

¿Qué mandáis hacer de mí?
Dadme Calvario o Tabor,
desierto o tierra abundosa;
sea Job en el dolor,
o Juan que al pecho reposa;
sea viña fructuosa,
o estéril, si cumple así:

¿Qué mandáis hacer de mí?
Sea José puesto en cadena,
o de Egipto adelantado,
o David sufriendo pena,
o ya David encumbrado.
Sea Jonás anegado,
o libertado de allí:

¿Qué mandáis hacer de mí?
Haga fruto o no lo haga,
esté callando o hablando,
muéstrame la ley mi llaga,
goce de Evangelio blando;
esté penando o gozando,
sólo Vos en mí vivid.

¿Qué mandáis hacer de mí?
Vuestra soy, para Vos nací:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Se trata, pues, de uno de los poemas más conocidos de Santa Teresa. Es un poema de amor. De otra clase de amor. «Amor divino», nos dicen que se denomina. Pero muchos enamorados durante los cinco siglos que han pasado desde que lo escribió han interpretado estos versos como una sublime expresión de lo que en esos momentos anidaba en sus corazones. ¿Acaso son tan distintas estas dos formas de amor?

Lo son. Porque en el «amor divino» el pequeño ser humano se funde en algo infinitamente más grande, y al fundirse, se ensancha, se ennoblece, se empodera, se llena de unas virtudes que no son «suyas», que pertenecen a esa consciencia ilimitada que es todo amor. Y, a la vez, los contornos de la pequeña personalidad humana se difuminan. A veces, incluso, desaparecen. Cuando el «ego» humano se ha diluido para identificarse con lo infinito, Dios puede tomar las riendas y actuar a través de esa criatura suya.

Lo más llamativo de esta forma de amor es la entrega total. Como acto de amor y fe, Santa Teresa entrega su voluntad. Renuncia a ella. Renun-

cia a tener criterio propio, deseos propios, intereses propios. Se regala entera al Creador: «Yo ya toda me entregué y di...» reza otro de sus poemas. Deja de ser dueña y señora de sí misma. Y, así, pasa a ser un instrumento. De tal forma que su vida personal se subsume en su «misión», la obra que Él le encomienda sobre la tierra.

No fue inmediato. Teresa de Cepeda y Ahumada no nació «Santa». Tuvo que descubrir su vocación. Tuvo que conocerse a sí misma antes de poder servir a Dios. Tuvo que superarse a sí misma, superar sus hábitos y sus gustos propios, las inclinaciones de su naturaleza como ser humano y como mujer.

Me gustaría, con el ejemplo de Teresa de Cepeda y Ahumada, contarles el viaje de un alma encarnada hasta que se reconoce instrumento de Dios. Me gustaría contarles los primeros pasos, las primeras dudas, los primeros errores, los desvíos, las trampas, los retrocesos. Las sequedades de la fe. Y los regalos con los que Dios llena al alma que Le encuentra.

Es un camino que la Santa describe con inigualable perfección: si el alma es como «un castillo todo de un diamante o de muy claro cristal, adonde hay muchos aposentos, así como en el cielo hay muchas moradas», desde los alrededores, donde se encuentran las alimañas, hasta el mismísimo corazón, donde espera al alma Dios. La puerta del castillo se abre solamente con una llave: la oración. Pero no todos comprenden qué es oración verdadera.

JUVENTUD Y CARÁCTER DE SANTA TERESA

La vida de Teresa de Cepeda a menudo se divide, según sus biógrafos, en tres grandes partes, de duración comparable: unos veinte años de juventud, en los que se busca a sí misma, veinte años como monja en el Convento de Nuestra Señora de la Encarnación de Ávila, y unos veinte años, hasta su muerte, dedicados a las fundaciones.

Sabemos que nació el 28 de marzo de 1515 antes de las cinco y media de la madrugada, no se sabe a ciencia cierta si en Gotarrendura o en Ávila. Su nombre completo era Teresa Sánchez de Cepeda Dávila y Ahumada, aunque en general prefirió usar el apellido de su madre y hacerse llamar Teresa de Ahumada hasta que, al emprender su reforma de la orden, decidiera hacerse llamar Teresa de Jesús.

De su carácter, llama la atención lo que a partir del siglo veinte consideraríamos «un gran ego». En la época de Teresa, lo denominaban «orgullo», «soberbia», «vanidad». Se hablaba de las numerosas tentaciones del

Maligno que, como ángel caído que no quiso servir a Dios, tentaba a los humanos para que negaran su obvia ruindad.

Contra esa «tara» de carácter, Teresa lucharía más tarde con grandes austeridades: privaciones de todo tipo, ayunos de inhumana duración, penitencias... Y siempre, en su obra, ensalzaría la hermosa virtud de la humildad, que se debe cuidar como a la flor más frágil, pero que es en realidad la llave más poderosa, la única capaz de abrir puertas que parecen infranqueables: así, la madre Teresa de Jesús les diría a sus hijas, las Carmelitas Descalzas, que no olvidaran que, si la vida se asemejara al juego del ajedrez, la humildad sería la pieza más valiosa, la Dama, con la que hay que saber jugar y que sirve «hasta para conquistar a nuestro divino Esposo».

Varias anécdotas célebres de su niñez han llegado hasta nuestros tiempos: cómo jugaba a construir ermitas, colocando piedras. Y, sobre todo, cómo se escapó a tierra de moros con su hermano Rodrigo con la esperanza de ser decapitada y morir como mártir, para así abandonar cuanto antes este valle de lágrimas y llegar por la vía más rápida a Dios.

Teresa era una niña lista, alegre, precoz, traviesa, impulsiva, creativa. Le gustaba jugar a inventar, le llamaban la atención los viajes y las aventuras, los libros, lo que ella denominaba «letras», el saber... Es decir, le atraía mucho de lo que a las mujeres de su época les estaba vedado por su condición femenina. Siempre tuvo las ideas claras, y era vehemente y con dotes para decidir, para mandar, para persuadir. En casa, ella tomaba las decisiones, sus hermanos no podían evitar secundarla.

Conocemos cuánto amaba los libros. Sus padres también eran lectores: en su biblioteca familiar se encontraban libros piadosos, como vidas de santos y tratados de espiritualidad, obras de la Antigüedad traducidas al español como Cicerón, Virgilio, Boecio, Séneca. Teresa pasaba mucho tiempo leyendo en silencio (lo cual era poco habitual en su siglo, en el que se tendía a leer en voz alta), a escondidas de su padre, en particular novelas de caballerías. Al parecer, incluso intentó escribir una. Fue una gran lectora, autodidacta, como mujer que era a quien estaban prohibidas las formas académicas del saber, pero llegó a ser extremadamente culta para los cánones de la época. «Era tan en extremo lo que en esto me embecía que, si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento», confiesa ella misma en su autobiografía. Más tarde, comprendió que la erudición podía «dar en todo luz», tal y como escribe en *Camino de perfección* y, sobre todo, protegerla contra las derivas de una espiritualidad desbocada. Hizo todo lo posible por dotarse de una cultura sólida, en una época en que a las mujeres se les exigía que fueran virtuosas pero no sabias. Buscó las «le-

tras» que le faltaban de la mano de directores espirituales intelectuales. Sabemos que sufrió mucho cuando le arrebataron sus libros, en 1559, cuando resultó que la Inquisición había incluido en su Índice de Libros Prohibidos los libros de espiritualidad en lengua vulgar que mejor la habían guiado: «cuando se quitaron muchos libros de romance, yo lo sentí mucho», escribe la Santa en el Libro de la Vida. Cuenta que entonces, cuando se encontraba desolada por esa pérdida, oyó una voz que la consolaba diciendo «hija mía, yo te daré libro vivo». Y ella confirma que así fue, y que a partir de entonces fue el propio Dios quien le transmitió directamente aquello que necesitaba saber.

Su madre, Beatriz Dávila y Ahumada, falleció cuando Teresa tenía doce o trece años, se cree que tras dar a luz a su última hija, Juana. Al quedar huérfana de madre, Teresa se dirige a la Virgen María y le pide, en honda oración, que se convierta en su madre. Y la Santa no duda en que así fue.

Pero era su madre terrenal quien hasta entonces había supervisado su educación. Teresa quedó más libre de lo que era habitual entre las jóvenes de su clase social. Y se convirtió en una bella joven que atraía a una incómoda corte de pretendientes. Todos los contemporáneos de Teresa subrayan algo que desde entonces se ha preferido pasar convenientemente bajo silencio: que era una mujer muy atractiva. Según los cánones de la época, era hermosa, con su tez blanca y sus grandes ojos oscuros, su alegría, su viveza, su elegancia.

En su *Libro de la vida*, con cierto pudor, la propia Santa nos habla de su juventud y de cuán «ruin» era ella entonces. Era coqueta, vestía bien, cuidaba de sus manos y de su cabello, se perfumaba, se maquillaba, usaba todo lo que en su época estaba a disposición de las damas para resultar más bellas: los polvos de arroz, el carmín, el kohl, las esencias de almizcle, jazmín o azahar. En sus memorias menciona a una parienta que la llevó «por mal camino». Se rumorea que tuvo un amor. Y su padre temió por su honra y la internó como pupila en el convento de madres agustinas de Nuestra Señora de Gracia.

Allí empieza su primer regreso a Dios. Se centra en sí misma y, gracias a la buena dirección de una monja que la inspiró mucho, la madre María Briceño, aprende a orar y descubre una nueva forma de felicidad al acercarse a Dios.

Sin embargo, enferma, por primera vez gravemente. La enfermedad la obliga a regresar a la casa paterna, con sus lujos y comodidades, y durante un tiempo se olvida de la oración. Se centra en sí misma y en qué hacer con su vida. El tiempo apremiaba para las jóvenes casaderas de esa época,

pero Teresa se mostraba reacia al matrimonio. Deseaba servir a Dios, eso lo sabía desde la infancia, pero ella misma se define en sus memorias como «enemiguísima de ser monja».

Tenía un gran concepto de sí misma y se sentía diferente, «especial». Tal vez por eso, temía el matrimonio. Temía entregar su vida a un ser humano imperfecto, en una época en que para la mujer el matrimonio era una suerte de esclavitud en que se cedía el cuerpo y, «a veces, incluso el alma», en palabras de la propia Santa. Pero tampoco deseaba ser monja.

Cuando nos volcamos actualmente en sus disquisiciones y dilemas sobre «qué estado tomar», observamos a una mujer independiente que no encaja en lo que su siglo XVI tenía establecido para su género. Ser de por vida una mujer soltera, en esa época, hubiera sido un destino poco envidiable. Y así decidió, en parte, como mal menor, entrar en religión. El historiador Joseph Pérez nos habla de que tomar los hábitos fue, para ella, al principio, un mal menor, algo así como un «matrimonio de conveniencia». Y que tardaría veinte años en convertirlo en una unión por amor.

VEINTE AÑOS EN EL CONVENTO DE LA ENCARNACIÓN

El dos de diciembre del año 1535, a los veinte años, Teresa se escapa de la casa paterna antes del amanecer y llama a la puerta del Convento de la Encarnación de Nuestra Señora del Monte Carmelo de Ávila.

Cuando Teresa de Ahumada toma el hábito, una parte de su vida se cierra para siempre, y empieza otra, en la que dominan otros roles. Teresa deja de ser hija de familia, deja de ser una jovencita a la que convendría casar, deja para siempre de preocuparse por su aspecto exterior, y se vuelca en cultivar su vida interior: su relación con Dios.

En estos veinte años, predominan los roles de monja, de buscadora espiritual, de asceta y de mística.

El Convento de Nuestra Señora de la Encarnación se regía entonces por la regla mitigada del Carmelo. Las monjas pronunciaban votos de castidad, pobreza y obediencia, aunque no prometían clausura. El Convento reproducía a su manera la estructura social de la época. No todas las monjas eran iguales, había «Doñas» y criadas. Las «Doñas» podían tener criadas, joyas, vestidos, disponían de amplios aposentos en los que se les autorizaban visitas. Para Santa Teresa, esto era un insulto hacia el Señor, pues ¿acaso no eran todas ellas por igual esposas suyas, consagradas para servirle? Más terrible aún le parecía que muchas no estuvieran allí por vocación,

por haber acudido a la imperiosa llamada de Dios, sino por simple conveniencia social.

La vida en el Convento de la Encarnación era cómoda, sin duda, pero en gran parte por eso mismo no cumple sus expectativas. Las obligaciones «sociales», mundanas, que le imponen —como entretener a visitantes en el locutorio o viajar a hacer compañía o consolar a grandes damas— la alejan de Dios. Desde el principio, la futura Santa sueña con un espacio de absoluta soledad y silencio, donde poder reunirse con su Esposo divino.

Fue una monja peculiar. Su relación con Dios nunca fue apacible. Ella buscaba «a su Amado» con ansias desaforadas, sometándose a menudo a terribles austeridades. Pero el Señor se mostraba esquivo. A veces la colmaba con mercedes inesperadas, pero a veces parecía esconderse. Teresa relata en su autobiografía, *El libro de la vida*, cómo alternaba de la plenitud a la desesperanza cuando la oración no concedía los frutos esperados, cómo cometía excesos contra su cuerpo en su deseo alcanzar a Dios o se olvidaba de Él, perdiéndose en las trivialidades del día a día.

En esa etapa sufre sus más graves enfermedades. Las penitencias que ella misma se impone la debilitan. No parece haber consenso entre los biógrafos sobre la naturaleza de sus dolencias. Entre las hipótesis más comunes, figuran enfermedades numerosas y variadas, como «languideces y desmayos», «mal de corazón», «convulsiones», brotes epilépticos, angina de pecho, formas de artritis reumatoide, trastorno maniaco-depresivo, migrañas crónicas, catalepsia, problemas de estómago, esquizofrenia... Apenas dormía; apenas comía. Quería ser inmune al dolor. Parecía desear trascender la condición humana.

Aunque la naturaleza profundamente racional y pragmática de sus escritos nos lleven a descartar problemas psíquicos, los propiamente físicos fueron irrefutables, y de gran gravedad.

Así, el 15 de agosto de 1539 sufre «un síncope». Se ignora, realmente, qué mal la aquejó, pero sí parece que estuvo lo que hoy llamaríamos clínicamente muerta. Su aliento no empañaba el espejo que le ofrecían. Le dieron la extremaunción, la envolvieron en un sudario, le sellaron los ojos con la cera de una vela... Pero su padre se negaba a que la enterraran. A los tres días, volvió a la vida. Con extraños recuerdos de haber visitado otros mundos.

Su convalecencia fue lenta y extremadamente dolorosa. Con la lengua hecha pedazos y la garganta tan seca que no podía pronunciar palabra ni tragar agua, no lograba mover ninguna parte de su cuerpo. Permaneció en cama tres años. Después, conseguía desplazarse a gatas pero sufrió una

recaída que volvió a recluirla en la cama. Durante tres años más, se restableció fuera del Convento de la Encarnación en casa de una viuda adinerada, Doña Guiomar de Ulloa, que sería más adelante una gran valedora de su reforma.

En esta etapa de su vida como monja del Convento de la Encarnación, Teresa de Ahumada supera en gran parte lo que ella denomina «su soberbia», su necesidad de ser estimada, y trasciende su cuerpo físico a través del dolor. Pero aún no se ha liberado totalmente del mundo y sus trivialidades, ni ha encontrado definitivamente a Dios.

LA CONVERSIÓN

Los biógrafos sitúan la llamada «conversión» de la futura Santa Teresa en 1555, a sus cuarenta años, aunque el proceso llevaba gestándose durante un largo período. Suelen citarse algunos hitos que preparan este vuelco en su vida. El primero es su gran conmoción ante el cuadro de un Cristo cubierto de llagas, que le hizo sentir «que se le partía en dos el corazón» y cuán ingrata era, y con «gran derramamiento de lágrimas» le suplica que la fortaleciese para no ofenderle. El segundo, la lectura de las *Confesiones* de san Agustín, durante la cual le parece que la voz que escucha el Obispo de Hipona en el huerto iba dirigida a ella.

Cuando Teresa decide entregarse por entero a Dios, empieza para ella una segunda vida.

Según resume el historiador Joseph Pérez, retoma los ejercicios espirituales que había descuidado, y los progresos se aceleran. El Señor la favorece con «dones» especiales, «mercedes», que la llenan de gozo y la fortalecen: la oración de quietud, la oración de unión, luego, la audición de las primeras «palabras sobrenaturales», y más tarde —siempre citando a Joseph Pérez— en 1559, las visiones imaginarias, las visiones intelectuales, los arrobamientos, los éxtasis, y, en 1560, el famoso episodio de la transverberación, immortalizado en mármol por Bernini en su «Éxtasis de Santa Teresa» que se encuentra actualmente en la Iglesia de Santa María de la Victoria en Roma. En este episodio, Santa Teresa describe cómo siente que un querubín le atraviesa el corazón con un «dardo de oro largo, y al fin de el hierro me parecía tener un poco de fuego» (*Libro de la Vida*, capítulo XXIX). El querubín le clavó el dardo varias veces por el corazón y hasta las entrañas. «Al sacarle, me parecía las llevaba consigo y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios.»

De repente y de forma irrefutable, cuando rondaba los cuarenta años, su vida adquiere un sentido del que antes carecía: servir a Dios. Totalmen-

te y para siempre, de forma irrevocable. Y Dios le encomienda, en esos «tiempos recios» que corrían, una gran misión.

LOS VEINTE ÚLTIMOS AÑOS: LA REFORMA DE LA ORDEN DE NUESTRA SEÑORA DEL MONTE CARMELO

Cuando Teresa de Ahumada ingresó en el Convento de la Encarnación, se aplicaba la Regla carmelitana mitigada, aquella que acordó el Papa Eugenio IV por bula en 1432. Lo que pretende Santa Teresa es una vuelta al rigor primitivo de la Regla, para aplicarla tal y como la formuló San Alberto de Jerusalén, para así propiciar una vida «de mayor perfección». «Andaban recios los tiempos», escribe la Santa. Las fundaciones serían su humilde contribución para salvar a la cristiandad, ante el peligro luterano y las herejías que dividían a una Iglesia que, a su vez, distaba mucho de ser perfecta.

La pobreza le parecía clave. Por el desapego que implica de los bienes terrenales. Por la entrega que supone, cultivando la esperanza y la fe de que la Providencia proveerá. Y una clausura estricta, que propiciase el recogimiento y el viaje hacia lo más hondo del castillo interior, alejando las distracciones del mundo y las tentaciones del Maligno.

La reforma del Carmelo se extiende durante los últimos veinte años de la vida de Teresa de Ahumada, que, durante esa etapa, adopta el nombre de Teresa de Jesús.

Tras numerosas dificultades, se inaugura la primera fundación: el Convento de San José, en Ávila, en el año 1562. San José fue como la casa de la Santa, a donde siempre desearía regresar. Eran en un principio doce religiosas, que se comprometían a una existencia de estricta clausura y rigurosa pobreza, sin rentas, subsistiendo de limosnas y del fruto de su trabajo. Como símbolo de esa pobreza y para expresar su igualdad, todas ellas «se descalzaron», pues en la nueva rama de la Orden de los Carmelitas no habría criadas ni señoras, todas harían por igual todas las labores, todas serían igualmente pobres. Y solamente aquellos realmente llamados y elegidos por el Señor podrían profesar.

Después de San José, tras cinco años de vida conventual respetando los nuevos rigores, siguieron un gran número fundaciones: diecisiete en total, aunque la de Pastrana, tras el famoso encontronazo con la Princesa de Éboli, no fue finalmente viable.

Teresa de Jesús, primero niña traviesa, luego joven en busca de sí misma, mujer rebelde, monja atormentada, enferma crónica, mística ardiente

colmada de mercedes divinas, en esta tercera etapa de su vida descubre su talento para gestionar los asuntos más prácticos y terrenales. Tras elevarse hasta la cima más alta de la espiritualidad, supo demostrar que tenía los pies firmemente anclados en la tierra. Ella, que anhelaba los deleites de la vida contemplativa, que solo deseaba soledad y silencio para reunirse con su Amado, se vio lanzada a luchar en el mundo al que con tanto esfuerzo había conseguido renunciar.

En su *Libro de las Fundaciones*, escrito entre 1573 y 1582, año en que fallece, Teresa de Jesús narra cómo recorre los caminos de España, bajo el sol de justicia de los veranos, en el polvo, el frío, el barro, y nos cuenta lo que va encontrando en ellos. En general silencia los nombres de aquellos que le pusieron obstáculos, pero sí menciona con infinita gratitud aquellos encuentros que parecen planeados por la Providencia, como al padre fray Juan de Yepes, el futuro San Juan de la Cruz, en Medina del Campo, en 1567, cuando el joven fraile tenía veinticinco años y Teresa de Jesús cincuenta y dos. Ella convence al «frailecico», que quería hacerse cartujo, a que tomara el hábito de carmelita descalzo, porque su carácter solitario, retraído, disciplinado y virtuoso era exactamente lo que la orden necesitaba. Como es sabido, fray Juan de la Cruz se convertiría en 1564 en el primer carmelita descalzo de Duruelo, con el hermano Antonio de Jesús, y, más adelante, sería con el padre Jerónimo Gracián el principal valedor de la reforma carmelitana.

Cada fundación era una aventura que implicaba gestiones sin fin, elección del terreno, levantamiento de fondos, las licencias y permisos necesarios, búsqueda de protectores, los planos de la construcción, los materiales, y un largo etcétera. Como señala el ya citado historiador Joseph Pérez, la fundación de un convento era también una operación inmobiliaria: hubo que aprender sobre técnicas comerciales, dominar la terminología jurídica, manejar actas notariales, contratos, arriendos, avales, llevar las cuentas... Pero también diseñar planos arquitectónicos, opinar sobre materiales de construcción, gestionar el aprovisionamiento, supervisar las obras. Y, una vez operativa la casa, establecer normas de conducta, disciplinar a las monjas, redactar las constituciones, capitanear la buena marcha del proyecto espiritual.

Teresa de Jesús tenía encanto y lo sabía. Tenía belleza, simpatía, viveza, inteligencia, arrojo, buen humor, y una gran determinación. Su alegría arrastraba, su entusiasmo era contagioso. Y supo disponer de todas sus armas de mujer al servicio de Dios. Supo persuadir, convencer. Incluso, manipular. Seducir.

Fue, en cierta forma, una gran diplomática. Fue capaz de mediar y negociar, argumentar y defender la causa del Señor como el mejor abogado.

Parafraseando a Joseph Pérez, en mundo de hombres, supo aliarse con los mejores de entre sus contemporáneos, como Francisco de Borja, Juan de Ávila (por cierto, enterrado en Montilla y también Doctor de la Iglesia), Juan de la Cruz, el profesor Báñez, o Fray Pedro de Alcántara. Supo desarmar a los más temibles, como al inquisidor general Quiroga. Y conquistar a los más poderosos, como al rey Felipe II. Casi siempre, sus superiores le ordenaban que hiciera aquello que ella ya había decidido emprender, sin percatarse de que esa mujer aparentemente obediente y humilde era quien en la sombra movía los hilos.

Cronológicamente, el orden de las fundaciones fue el siguiente: Ávila (1562); Medina del Campo (1567) en Valladolid; Malagón (1568) en Ciudad Real; Toledo (1568); Valladolid (1568); Pastrana (1569); Guadalajara (1570), Alba de Tormes (1571), Segovia (1574), Beas de Segura (1575) en Jaén, Sevilla (1575), Caravaca de la Cruz (1576) en Murcia, Villanueva de la Jara (1580) en Cuenca, Palencia (1580), Soria (1581), Granada (1582), y Burgos en 1582, año en que falleció Teresa de Jesús. Entre ellas, debemos destacar las tres fundaciones en Andalucía, y en particular la de Sevilla, que le dio a la Santa muy memorables quebraderos de cabeza.

La lista, teniendo en cuenta las dificultades y penurias que cada fundación supuso, es vertiginosa. Una obra inmensa, realizada sin medios, y por parte de una mujer débil y enfermiza. Una obra tan ingente que resulta milagrosa, que parece demostrar que todo es posible cuando el propio Creador quien ha tomado las riendas.

CONCLUSIÓN: LOS MUCHOS ROLES DE UNA SIERVA DEL SEÑOR

El camino de Santa Teresa es paradigmático de lo que ocurre a un alma que deja todo en manos de Dios: entonces, Dios toma las riendas. Solo entonces. Solo cuando el «hágase Tu voluntad» es tan sincero que implica una renuncia total a tener voluntad propia. Entonces, Dios provee. Y cae maná del cielo o se abren las aguas, o se multiplican los panes y los peces. Porque de ahí vienen los milagros: de una entrega total que permite al Creador actuar a través del pequeño vehículo humano.

Una mujer adelantada a su tiempo, de débil constitución pero de fuerte voluntad, que se entregó totalmente a Dios. Cinco siglos más tarde, su persona y su obra permanecen. Su camino fue difícil, tormentoso, hasta que murieron todos sus apegos mundanos. Cuando ya nada la ataba a lo creado, cuando ni los bienes terrenales, ni la honra, ni los deseos de ser estimada, ni la salud, ni el dolor, le importaban ya, cuando aceptó dejar de vivir para sí misma para vivir solo para Dios, cuando logró dejar de ser ella

misma para ser únicamente la esclava del Señor, un instrumento sin intereses propios, entonces todo se volvió más fácil: el Creador tomó las riendas de su existencia.

Y así, Teresa pudo conocer en esta vida los gozos que nos prometen únicamente en la otra.

* * *

Sobre Teresa de Jesús se han escrito miles de páginas durante cinco siglos, y su personalidad es tan rica que sin duda se seguirá analizando su vida, su obra, su impronta en la Historia, dentro de los próximos cinco siglos, porque los valores que encarnaba son tan atemporales como la misma condición humana.

Por mi parte, desearía concluir esta intervención leyéndoles otro de los más célebres poemas de Santa Teresa, que resume con su característica sencillez lo que yo he intentado ilustrar con estas palabras: cómo la entrega total a su Señor subsume en el amor todos los talentos, virtudes, facetas y roles, jerarquizándolos, unificándolos, y convirtiendo a esta gran y compleja mujer en un instrumento al servicio de Dios.

Ya toda me entregué y dí,
y de tal suerte he trocado,
que mi Amado es para mí
y yo soy para mi Amado.

Cuando el dulce Cazador
me tiró y dejó herida,
en los brazos del amor
mi alma quedó rendida;
y, cobrando nueva vida,
de tal manera he trocado,
que mi Amado es para mí
y yo soy para mi Amado.

Hirióme con una flecha
enherbolada de amor,
y mi alma quedó hecha
una con su Criador;
Ya yo no quiero otro amor,
pues a mi Dios me he entregado,
y mi Amado es para mí
y yo soy para mi Amado.

Muchas gracias por su atención.